

LOS LÍMITES DE LA MEMORIA (Transcripción)

*Por Julián Casanova,
Catedrático de Historia Contemporánea.
Universidad de Zaragoza.*

Tengo que agradecer a la Fundación Manuel Giménez Abad la oportunidad que me da de estar con todos ustedes, hoy por la mañana, en un congreso en el que, vista la relación participantes, yo asumí desde el principio que tenía que aportar la mirada del historiador.

Una mirada del historiador que necesariamente, por lo menos en mi caso, en mis investigaciones, es una mirada comparada. No hay forma de comprender el origen del debate sobre la memoria sin ir a una comparación clara de lo que han sido los pasados traumáticos en el siglo XX.

Les voy a hacer una serie de consideraciones, que centraré básicamente en cuatro apartados generales, pero todas ellas van a estar relacionadas con ese escenario de comparación que, básicamente, también responde a una pregunta de por qué las sociedades del presente miran con tantos problemas (políticos, culturales), con tantas miradas, a los pasados traumáticos. O por qué los pasados traumáticos no se van nunca, son tan persistentes en las sociedades occidentales.

La primera tesis básica que yo voy a defender aquí es que el surgimiento de la memoria es a principios del siglo XXI una preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales. Ocupa una posición central, tanto en los debates políticos, como los debería ocupar en los debates educativos. Esto pareciera que es una cosa que se cae por su propio peso, pero, sin embargo, no es tan antiguo. Esto es bastante reciente.

Esta posición central de la memoria en la cultura y en la política viene básicamente de finales de los años ochenta, principios de los noventa. De un momento de lo que yo llamo la universalización de los derechos humanos, y que coincide en el escenario internacional con varios acontecimientos, sin los cuales no es posible comprender el debate actual.

El primero, por supuesto, el fin de la Guerra Fría; que va acompañado claramente del hundimiento del sistema soviético, de derrumbe de algunos de los mitos que se habían forjado en torno al comunismo. Es el momento también del fin del *apartheid*, en Sudáfrica; es el momento del fin de las dictaduras en el Cono Sur.

Sin este proceso universal de búsqueda de responsabilidades, de justicia y de verdad (porque eso es lo que básicamente hubo en todos estos países), las posiciones de hoy sobre la justicia, los derechos humanos, serían incomprensibles. Cuando cayó la dictadura de Franco no había esa percepción internacional de los derechos humanos, en un momento en que estaba la Unión Soviética; en un momento en el que había dictaduras en el Cono Sur. Si ustedes analizan a fondo la caída de las tres dictaduras de derechas que quedan en Europa como anomalías en la segunda mitad del siglo XX (la portuguesa, la española y la griega), entre 1974 y 1975, verán que hay conflictos, que hay debates en torno a la Transición. Pero los derechos humanos no ocupan un papel importante en ese momento.

Esto es un proceso que viene después. Y es un proceso, en mi opinión, imparable, que comenzó a afectar a España desde mediados de los años noventa. Hasta mediados de los años noventa tampoco en España está este proceso de conexión entre la justicia, la verdad y la memoria de las víctimas.

Ahí hay muchas explicaciones, evidentemente. Desde el punto de vista de la investigación histórica, está clarísimo: cuando salieron los primeros estudios sobre las víctimas de la represión durante la Guerra Civil y del franquismo aparecieron también las primeras versiones neofranquistas sobre el tema. Llegaron estos debates a los medios de comunicación, que hasta ese momento no habían estado. Surgieron las primeras asociaciones por la recuperación de la memoria histórica... Es decir: empezó un debate diferente, que no había estado hasta ese momento en ningún sitio. Posiblemente, en el mundo académico, en algunos congresos, pero se habían cerrado claramente allí.

Para reflejar esta primera opinión de que la memoria ocupa un lugar central en la vida política, intelectual, y cultural de estos países y para centrar la segunda aseveración, que será que es todo mucho más complicado de lo que parece, permítanme hacer un pequeño juego de escenarios: de los escenarios básicos donde España se compara, que es con las dictaduras también del Cono Sur.

Está clarísimo que Franco murió en la cama, en noviembre de 1975. Que aquí nadie habló de crear comisiones de la verdad en aquel momento. Nadie, evidentemente, habló de crear comisiones que juzgaran la violación de los derechos humanos.

Unos años después, en el 1983, la caída de Videla, en Argentina, conduce directamente al *Informe Sabato*, a la creación de la Comisión de la Memoria; es decir: el proceso de democratización se funda con una comisión de investigación de las víctimas, en el caso argentino. Es decir, son procesos muy diferentes que, evidentemente, muchos autores destacan.

Hay quienes creen que la ausencia de esa verdad oficial ha marcado la Transición española. Yo no estoy tan convencido de eso. Yo creo que el debate

es mucho más profundo. Yo nunca he relacionado la Transición española y los problemas que la Transición española ha tenido para mirar con libertad al pasado, con el hecho de que no hubiera una comisión de la verdad, o de que no hubiera un juicio sobre responsabilidades políticas. En absoluto. Yo creo que tiene mucho más que ver con la duración: con la duración de la dictadura. Estamos hablando de cuarenta años, frente a dictaduras que duraron siete, ocho, nueve años, donde prácticamente todo el mundo pudo volver incluso fortalecido. ¡Este es un elemento fundamental! ¡Imagínense ustedes que todo el exilio del treinta y nueve hubiera podido volver en el cuarenta y cinco, en el cuarenta y siete, en el cuarenta y ocho! Después de que hubiera habido, evidentemente, una represión de vencedores sobre vencidos, pero que hubieran podido volver: ¿Qué hubieran sido las universidades? ¿Qué hubiera sido la sociedad civil española? Bueno: mucha de la gente que vuelve a Argentina, a Uruguay, a Chile, curiosamente, gente exiliada, vuelven en mejores condiciones que se habían ido. Vuelven (a muchos de ellos yo les he conocido) con doctorados en algunas de las mejores universidades europeas o norteamericanas, y vuelven, evidentemente, a reforzar una sociedad civil, que necesita conciliación, y que necesita discursos de conciliación y discursos de sociedad civil. Y lo que no necesita son discursos de confrontación.

Desde ese punto de vista, creo que tenemos una diferencia abismal entre la sociedad española, donde el autoritarismo duró cuarenta años, y esas democracias más jóvenes, pero con dictaduras muchísimo menos largas.

Un segundo punto se deriva de la duración de la dictadura de Franco. La duración marca también una diferencia en la gestión pública de la memoria. Es muy difícil gestionar la memoria, de forma pública, cuando hay tantas memorias. Y ahí el caso español es muy excepcional, porque hubo una Guerra Civil, algo que no ocurrió en los demás sitios, donde lo que hay es una memoria de dictadura de verdugos, una memoria de dictadura de vencidos, o de víctimas. En el caso de la Guerra Civil hay muchas memorias; y es muy difícil, después de tantos años, hacer una gestión pública desde el poder de todas esas memorias.

En realidad, nos parece que España es un caso excepcional, pero Argentina es el único país donde hubo un juicio militar a los golpistas. ¡El único! El único país de todos estos que podemos claramente comparar.

En Chile hubo una democracia bajo vigilancia de Pinochet, que en realidad no pudo nunca derogar la amnistía que se habían concedido los propios militares. Chile -que es un ejemplo de conciliación, que es un ejemplo de democracia ahora-, Chile nunca pudo derogar una ley de amnistía que los propios militares se habían concedido. ¡Y todos sabemos lo que fue la dictadura chilena! Y todos sabemos que no hay eufemismos detrás del concepto “desaparecido”. Y todos sabemos a lo que llevó aquello, desde el punto de vista de los costes de los derechos humanos. Y sin embargo, insisto: en la Transición ni siquiera se pudo derogar esa ley de amnistía.

En Uruguay hubo un referéndum, con alta participación, en abril de 1989, con una mayoría significativa, que aprobó una ley de caducidad; una ley de caducidad que cubría los desmanes de las fuerzas armadas.

Es decir, cuando nos parece que los españoles siempre somos tan excepcionales en todo, y miramos desde el punto de vista comparado, comprobamos que las sociedades tienen muchas dificultades en conectar esos pasados traumáticos con el presente. Con lo cual no es España el único caso donde la gente mira los pasados traumáticos porque estamos siempre recordando las guerras, eso no es cierto. No es España el único caso en el que la Transición ha sido un pacto absolutamente bochornoso -como lo definen algunos- para echar tierra sobre el pasado. ¡No! El problema es que las sociedades con pasados traumáticos pesan de tal forma en los presentes; pesan de tal forma en la configuración de las democracias, que los problemas son mucho más complejos de lo que los perciben los ciudadanos. De la misma forma que los legados de violencia son más difíciles de desaparecer que el mero hecho de ganar las elecciones, o de un cambio político en un parlamento de un país o de una región.

Desde ese punto de vista, las cuatro sociedades, pero podríamos examinar también las del Este de Europa, están divididas hoy sobre esos pasados represivos. ¿Por qué? Porque a ninguna de ellas les faltó el apoyo, la adhesión, la conformidad de poderes financieros económicos, de la jerarquía de la Iglesia, de gente que está vigente en las democracias. Pero más importante también: a ninguna de ellas le faltó amplios apoyos de la población; es decir, todas tuvieron amplios sectores de la población que apoyaron aquellas masacres.

Sería muy tranquilizadora la idea de unas oligarquías, fastidiando al pueblo, reprimiendo al pueblo, con apoyo de los sectores dominantes. No, es que aquí las dictaduras del siglo XX tienen apoyos de sectores sociales importantísimos detrás. Y esos sectores de la población, evidentemente, tienen que convivir, de alguna forma, después, en las democracias. Desde ese punto de vista, insisto, el caso español es un caso menos paradigmático de lo que le parece a uno. Pero ustedes seguirán oyendo siempre que aquí fue la única transición que, evidentemente, pactó, o hizo un pacto de silencio (me referiré después a eso), y que en España es el único sitio donde Zapatero, o el gobernante de turno, mientras hay crisis económica, nos lleva a un pasado que no tendría por qué estar hoy en el debate político. ¡Pues no, señor! Los pasados traumáticos están dividiendo a todas las sociedades, en todos los países. Y no descarten ustedes que en los próximos años haya un profundo debate sobre los legados del comunismo en los países democráticos del Este. Ayer veían estadísticas de falta de apoyo a los procesos democráticos en países del Este. Donde, por cierto, en ninguno de ellos (salvo en Checoslovaquia, que es en el que tiene más apoyo la democracia) hubo en el período de entreguerras procesos democráticos. Para que digan después que la historia es una cosa que nunca condiciona el presente. ¡Pues sí lo condiciona! No hay ningún país que en el período de entreguerras tuviera procesos democráticos en la Europa del Este, salvo Checoslovaquia. Curiosamente, Checoslovaquia, que además tenía la situación más difícil, llegó a una democracia ya en el período de entreguerras, y es el país que menos problemas tiene para la división y para la consolidación de la democracia, después de la caída del bloque soviético.

Desde ese punto de vista, insisto, no estamos ante el final de la memoria. No estamos ante un hecho que es voluntariamente querido por unos gobernantes que quieren fastidiar o que quieren desviar la atención. La memoria, la justicia, la verdad va a seguir acompañando a sociedades donde esos pasados traumáticos tuvieron tanta importancia.

En segundo lugar, las memorias necesitan lugares físicos, que evoquen el pasado. Y aquí de nuevo, también nos encontramos con un debate, y con mucha irresponsabilidad. ¿Qué son lugares físicos que evoquen el pasado? Pues lugares que recuerden, evidentemente, lo que fue aquel pasado. Y en este punto, la gestión pública en España es muy confusa. ¡No se sabe qué hacer! Nadie tiene una idea clara, porque a nadie se le ha preguntado realmente qué son los lugares físicos, los lugares de la memoria, que decía Pierre Nora.

Y aquí se discute todavía qué hacemos con el Valle de los Caídos, que nadie sabe qué hacer, o con la última calle del pueblo que lleva el nombre de un golpista de julio de 1936. No hay una gestión pública de la memoria. Y desde ese punto de vista, no se pueden borrar irresponsablemente las huellas del pasado, que es lo que otros piden. Yo nunca lo he defendido.

A mí me han preguntado muchísimas veces por las placas conmemorativas en las iglesias. Yo creo que ésa es la mejor muestra para explicar, al ciudadano del futuro lo que fue la simbiosis entre los vencedores y la Iglesia Católica. Hay que tener mucho cuidado con los lugares de la memoria, y hay gente que irresponsablemente quiere hacer tabla rasa del pasado.

MI argumento aquí es que la lucha por la memoria es la lucha por la democratización de la sociedad. Es la lucha por poner un tejido civil en la sociedad. Y aquí el eje fundamental es que los jóvenes, y las últimas dos generaciones de la dictadura, que nunca estudiaron Guerra Civil en las escuelas sufren un déficit clarísimo en torno a lo que significa la construcción de la sociedad civil.

Y alguien me dirá: “Bueno, no pasa nada, porque los jóvenes sean indiferentes, ¡Total, qué más da!”. No, la indiferencia ante el pasado, la memoria y la violación de los derechos humanos, es indiferencia ante los problemas de la

sociedad actual. Si no se aborda ese pasado, en el futuro seguirá estando con nosotros.

Creo que las sociedades que han marcado mejores registros de cultura cívica tienen otras preocupaciones. Yo creo que en España hay una percepción según la cual para lo que sirve la educación, de verdad, es para dar salidas al ciudadano para ganar dinero fresco al día siguiente. No, éste es un camino muchísimo más largo.

En tercer lugar, en los últimos años ha salido a la luz un conflicto muy claro entre los trabajos de investigadores, de historiadores, que investigamos básicamente desde las universidades, aunque no sólo desde ellas; y los recuerdos y memorias de los actores. De los protagonistas. De los que dicen que fueron actores. De los herederos de los que dicen que fueron víctimas. Hay un debate clarísimo. Profundo. Un conflicto, una tensión entre lo que hemos investigado o investigamos y esa gente, a la que les ponen el micrófono, y los convierten en portadores de memoria, dando toda la importancia al testimonio, como si el testimonio, evidentemente, estuviera por encima, fuera más fresco, que cualquier reflexión profunda sobre ese pasado.

Después, es cierto que esta historia de la Guerra Civil y de la dictadura, cada vez está más influida por los medios de comunicación. Cada vez está más influida por las tertulias, en radio o en programas de televisión. La información, la opinión, se difumina. Hay una frontera clarísima difuminada entre lo que dice el historiador y lo que dicen también, desde ese punto de vista, los testimonios. Eso, en mi opinión, lleva a una ausencia de reflexión teórica, metodológica, que estaba muy vigente en los estudios sobre la Guerra Civil y la dictadura, y lleva, evidentemente, a un dominio, a una primacía de la subjetividad, a través del testimonio. Que además, está muy metida en las editoriales, está muy metida en los medios de comunicación. ¡Y a todo esto lo llaman memoria! Pero en realidad son recuerdos. Y son recuerdos muy diferentes. Uno hace un análisis de los pasados traumáticos, pero al periodista le interesa esto que nadie contó nunca: un señor que fue un guerrillero que, de repente, apareció en un sitio que nadie sabía hasta ese momento. Bueno, eso es una vulgarización absoluta del

conocimiento. Que no tiene que ver nada, evidentemente, con el debate que estoy aquí planteando.

Es decir, el testimonio se convierte en el ego de la Historia, el testimonio se convierte en el sujeto fundamental de la Historia, en el centro del relato.

Y desde ese punto de vista, como dice Pomian -cito textualmente-: “Toda memoria humana no es sólo selectiva, es además necesariamente egocéntrica: lo organiza todo en torno al yo, del que es memoria”. Este es el proceso en el que estamos, también, metidos en este momento. Y lo dice Pomian, que está hablando desde Polonia. Y lo dice Pomian, que está planteando una reflexión profunda sobre los ciudadanos del Este.

Pero creo que hay una cita que refleja muchísimo mejor todo lo que estoy diciendo. Es decir, ¿es verdad que es tan importante el testimonio? ¿Es verdad que el único, lo único importante, es lo que queda del testimonio? ¿Es verdad que es fiable, o más fiable, el testimonio, que el historiador, que supone que está manipulando, o el sociólogo, o el politólogo, que se supone que está manipulando los hechos? Les voy a leer una reflexión, que a mí me parece básica, de Primo Levi sobre este tema que creo que refleja los límites de la memoria en la tensión que yo estoy aquí planteando; y la voy a leer despacio, para que se vean los diferentes contrastes que Primo Levi estableció. Él dice: “Los que sobrevivimos a los campos de concentración no somos verdaderos testigos. Ésta es una idea incómoda, que gradualmente me he visto obligado a aceptar, al leer lo que han escrito otros supervivientes, incluido yo mismo, cuando releo mis escritos, al cabo de algunos años. Nosotros, los supervivientes, no somos sólo una minoría pequeña, sino también anómala. Formamos parte de aquellos que gracias a la prevaricación, la habilidad o la suerte, no llegamos a tocar fondo. Quienes lo hicieron y vieron el rostro de la Gorgona (es decir, del Infierno), no regresaron, o regresaron sin palabras”.

Primo Levi está claramente mostrando la diferencia entre los que lo han podido contar y las víctimas, que nunca lo contaron. Las víctimas, que realmente se

enfrentaron. Las víctimas, que no han podido contaminar de ninguna de las formas los testimonios sobre la crueldad vivida.

Desde ese punto de vista, está clarísimo que se establecen tres planos: todas las personas que lo vivieron, pero no quieren ser testigos. Es más: les da igual, no quieren denunciar la injusticia, no quieren denunciar el terrorismo, no quieren denunciar la violencia que ellos han visto. En segundo lugar, los que la pueden contar; y cuando la cuentan, evidentemente, la cuentan de muchas formas. Y hay un debate en torno a cómo la cuentan. Y en tercer lugar, aquellos que nunca regresaron -dice él-, o regresaron sin palabras, que hay muchos que regresaron sin palabras.

Es decir: como decía antes, los pasados sobre dictaduras, sobre guerras, suelen provocar conflictos entre diferentes memorias. Y yo creo que la memoria desde este punto de vista es plural. Estamos hablando de diferentes memorias. Y lo estamos viendo en un país complicadísimo, como es el de España, para las diferentes memorias.

Las memorias divididas o enfrentadas no es sólo un problema propio de los españoles. Es algo que está prácticamente sacudiendo a todas las sociedades, a todos los regímenes políticos. El problema es que en España hemos salido poco, y desconocemos mucho lo de los demás. ¡Muy poca gente fue capaz de hacer una lúcida crítica de lo que era el mito soviético en aquel momento por parte de la izquierda española! Por no decir nadie, hasta los últimos años. Y se salió poco, evidentemente, en contacto con las sociedades latinoamericanas. Los departamentos en España de Historia Contemporánea que tienen especialistas en América son escasos. Es decir, tenemos un déficit clarísimo de internacionalización, de universalización, de comparación, en las ciencias sociales y en las ciencias humanas. Alguno dirá: “No pasa nada, porque estoy muy tranquilo en mi casa, y en mi país, y en mi región, y en mi ciudad, y aquí se está muy bien”. Yo lo que estoy diciendo es que eso complica muchísimo el conocimiento de los demás. El conocimiento del otro.

El debate sobre la memoria está abriendo caminos, que hay mucha gente que los había olvidado. Pero también ha puesto encima de la mesa toda la frivolidad y toda la ignorancia que hay sobre este tema, en el momento en que los medios de comunicación... la bronca política de los medios de comunicación, se ha instalado sobre el tema de la memoria. Porque a partir de ahí, evidentemente, ya no hay debate sobre la memoria: hay bronca política, sobre el debate de la memoria. Y de eso, es muy difícil salir. Falta sosiego, falta reflexión, falta profundización; y sobre todo, falta conocimiento, ya no digo respeto y educación, porque la mayor parte que está participando en la bronca política, ni siquiera es capaz de dialogar. A mí me preocupa, porque de nuevo nos encontramos ante la incapacidad para crear sociedad civil, para situar a la educación como un elemento vertebrador.

La Historia y la memoria no son territorios neutros. ¡ Y va a convertirse siempre en un campo de batalla cultural. ¡Y de apropiación de símbolos! La gente se apropia los símbolos. Los símbolos son las banderas... En la nación, los símbolos son la bandera, los escudos, los himnos... Pero en planos más bajos, los símbolos son cualquier monumento. Los símbolos son los recuerdos. Los símbolos son las canciones. Los símbolos son muchas cosas, que evidentemente, la gente acaba apropiándose. Y en ello estamos en España, más de setenta años después de la Guerra Civil, más de treinta años después de la muerte de Franco. En este debate estamos.

En cuarto lugar, y resumiendo, yo creo que los historiadores, en ningún caso queremos, o no deberíamos querer, si alguien lo quiere, crear tribunales para juzgar a la Historia. El historiador tiene que comprender, y tiene que conseguir, sobre todo, que el conocimiento del pasado forme parte libremente de la sociedad civil del presente. Esa es la función del historiador.

Y para eso ni siquiera tiene que dirigir ese proceso, sino sencillamente, sacarlo a la luz. Sacarlo al debate. Y que forme parte de la sociedad del presente.

Desde ese punto de vista, yo aquí he hecho una defensa de la Historia, frente al testimonio, y sigo haciendo una defensa de la Historia, frente a ese déficit que dejó en la educación el franquismo. Cuando digo “déficit en la educación”, no me estoy refiriendo a si se enseñaba mejor en las escuelas antes que ahora. Para mí, la educación es un proceso de identificación de valores con la sociedad, y no es sólo lo que te da el conocimiento que sale de una escuela.

Desde ese punto de vista, creo que hay que combatir la indiferencia de una parte de la población, jóvenes, fundamentalmente, frente a los crímenes que persiguieron ese pasado, de la misma forma que hay una indiferencia clarísima de los jóvenes frente a los crímenes que presiden hoy, en algunos casos, los atentados de ETA. Creo que esta falta de implicación de un sector joven en estos procesos debería hacernos pensar muchísimo.

¿Qué quiero decir con todo esto? Pues que frente al olvido, frente a la indiferencia respecto a esos pasados traumáticos que dejaron un saldo

clarísimo de degradación del Estado, de brutalidad, sólo caben políticas públicas de la memoria. Y las políticas públicas de la memoria, en mi opinión, pasan por tres ejes: archivos, museos y educación. Tres ejes en los que apenas hemos avanzado en España.

Y es evidente que los estados democráticos deben recopilar, preservar los documentos, los testimonios de los períodos dictatoriales. Todo eso, evidentemente, tiene que ponerse a disposición de las instituciones, de las personas interesadas en investigar. Que no haya ya problemas, como los sigue habiendo en España, donde mucha gente cree que sus archivos son patrimoniales, archivos privados. Y que el regente de turno cree que él es el que está, de alguna forma, capacitado para negar o no el acceso.

Y sobre todo, hay que enseñar historia reciente. Y transmitir a los más jóvenes valores de tolerancia y de libertad. Esto de la historia reciente... Alguno dirá: “¡Hombre, ya está usted con la Guerra Civil!” No. ¡Si es que tampoco se enseñaba la Historia del siglo XX! La historia de las guerras mundiales. La historia de la Revolución Rusa. La historia que cambió esa Europa tan civilizada, que desde el catorce al cuarenta y cinco, tuvo ochenta millones de muertos a causa de las diferentes manifestaciones de la violencia.. ¡Ochenta millones de muertos! La sociedad civil europea, que quiere dar lecciones, y que ha dado lecciones de civismo prácticamente a todo el mundo.

Voy a acabar con una frase de un sacerdote, dicha en Uruguay, por el Padre Luis Pérez Aguirre, que transmitió la memoria de los detenidos y desaparecidos durante la dictadura de los años setenta. Y en esa memoria de los detenidos y desaparecidos en Uruguay, acuñó una frase que creo que es también un buen colofón a esta conferencia, y que puede ser, evidentemente, el punto de partida de un debate. Él dice: “No se recuerda, no se juzga el pasado sólo para castigar o condenar, sino para aprender”.

Muchas gracias.

Zaragoza, 10 de noviembre de 2009